# LA MONTAÑA SANTANDERINA DE *ALDEA ESPAÑOLA* (1925): LA UTOPÍA REDIVIVA DE FERNÁNDEZ MORENO[1]

En las primeras décadas del siglo XX el paisaje adquiere una importancia fundamental en las utopías rurales porque viene a significar una alternativa frente a la ciudad tecnológica y laboral que es la antinaturaleza por excelencia. En el caso de este poeta argentino, Baldomero Fernández Moreno (1886-1950), buena parte de su producción poética se instala en el escenario rural, paradójicamente impuesto por su profesión –médico rural–, y se eleva a la categoría de modelo frente a la peligrosa ciudad que los campesinos bordean pero no penetran. Sin embargo nuestro poeta sí ha penetrado la ciudad, la ha cantado y conocido y habla desde la experiencia. Dice Beatriz Sarlo unas palabras que, aunque en otro contexto, pueden aplicarse al tema:

> En el "campo", las relaciones entre los hombres poseen una trascendencia que da razón de las decisiones, no regidas por la voluntad de los actores sino por una ley que es al mismo tiempo perdurable y compartida. En este escenario rural los ritmos del trabajo, el ocio, la producción y la reproducción de la vida, la continuidad entre generaciones están como adheridos a la naturaleza[2].

---

[1] Este artículo forma parte de un estudio que verá la luz próximamente, *Nacionalismo cultural argentino: el caso de Fernández Moreno.*

[2] **Sarlo, B**. *Una modernidad periférica : Buenos Aires 1920-1930.* Buenos Aires : Nueva Visión, 1987, p. 33-34.

La actitud de Fernández Moreno es similar a la de Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra*, pero con una diferencia importante, él no es hijo de hacendados argentinos, aunque sí es un intelectual de origen campesino que había crecido, en los años de infancia, en el ámbito rural santanderino, por eso el resultado es parecido.

Entre *Intermedio provinciano* (1916), *Campo argentino* (1919) *y El hogar en el campo* (1923) -sus libros de tema rural- Fernández Moreno ha ampliado la temática urbana y provinciana-campesina en dos volúmenes acumulativos, *Nuevos poemas: Ciudad-Intermedio provinciano-Campo argentino* (1921) y *Mil novecientos veintidós* (1922). Ambos aportan variantes poco significativas de los diversos motivos temáticos ya enunciados en sus libros anteriores, es decir, enriquecen los temas tratados, pero no inauguran otros nuevos, sin embargo sí significa un paso al frente dentro de la utopía rural el libro que vamos a comentar *Aldea española* (1925).

Desde 1899[3] en que regresó definitivamente a la ciudad que le vio nacer, Buenos Aires, la infancia en la "aldea española" había venido rondándole los versos. Precisamente cuando en 1924 abandona el campo argentino y la medicina para instalarse definitivamente en la ciudad y parece que el ruralismo o regionalismo del poeta quedaba clausurado, surge, al año siguiente, su libro más importante y esperado, *Aldea española.* Con él consigue el Primer Premio Municipal de Poesía.

Hasta llegar aquí, su hijo César Fernández Moreno, resume así sus pasos:

---

[3] A la edad de seis años parte con sus padres a España. Hasta 1899 su vida transcurrirá entre la montaña santanderina: Bárcena ("la aldea donde vivimos") y San Pedro de Soba ("pueblecito donde pasamos algunas vacaciones") y Madrid ("la entonces villa y corte, donde estudié durante los dos últimos años"). Para este periodo resulta interesante la lectura de la primera parte de sus memorias *La patria desconocida.*

> Todos estos libros y temas se disponen en dos series: la topográfica y la familiar. A su vez, ambas series se escalonan en el tiempo en una relación de profundidad emocional: la topográfica primero que la familiar. Y esta última, a su vez, comienza a revelar ya el rumbo hacia lo formal que cristaliza su *Aldea española,* escrita entre 1923 y 1924 en la transición de esta época con la siguiente[4].

No hay que olvidar que para César, la poesía de su padre se divide en tres etapas, sencillista (1915-1923), formal (1924-1937) y sustancial (1938-1950), clasificación que ha sido cuestionada por Emilio Carilla[5] para quien simplemente pueden señalarse dos etapas que tienen como frontera aproximada 1928. De la iniciación a la madurez y de ésta al final de sus días que significa un enriquecimiento y sedimentación de los pasos ya dados. El primer momento, dice Carilla, "se proyecta, en principio, hacia afuera (paisaje 'vivido') y hacia atrás (infancia recuperada). Descripciones, impresiones, evocaciones. Más adelante se proyecta hacia adentro"[6]. Sin entrar, de momento, en la discusión de las clasificaciones, sí que podemos afirmar que *Aldea española* marca un hito en su producción poética. Ese mismo año Eduardo Mallea lo comenta para la *Revista de América* (nº 5, Noviembre de 1925) en "Invitación a la lectura de F.M.".

*Aldea española* está dedicado a la memoria de su padre, "montañés de Santander", es, por tanto, un recuerdo emocionado de los años de infancia transcurridos en Bárcena y San Pedro de Soba:

> Decir España, para mí, es decir un pueblecito, montañés y pintoresco, dicho así para abreviar, porque también tenía su cucharada de mar, ya embravecido y tranquilo[7].

---

[4] **Fernández Moreno, C.** *Introducción a Fernández Moreno.* Buenos Aires : Losada, 1956, p. 17.

[5] **Carilla, E.** *Genio y figura de B. Fernández Moreno.* Buenos Aires : Eudeba, 1973, p. 59 y ss.

[6] *Ibid.* p. 60.

[7] **Fernández Moreno, B.** *La patria desconocida.* Buenos Aires : Kapeluz, 1966, p. 51.

Con estas palabras inicia Fernández Moreno uno de los apartados de sus memorias *La patria desconocida,* "Bárcena (1892-1897)", el siguiente apartado está dedicado a "San Pedro de Soba":

> De los dos pueblos en que viví en España, ambos en la provincia de Santander, Bárcena fue el principal. Y digo principal porque no solamente era solar de mi padre sino porque allí se deslizaban los días de mi infancia castellana, devanados, como en tres husos melancólicos, en torno de una casa, de una escuela de una iglesia. El mar y la montaña me daban a diario su lección de grandeza y el milano, clavado en el azul luminoso, la suya de voluntad. Aprendí a amar a los árboles corpulentos y a comprender a las piedras ingentes, rocas o ruinas. El dialecto montañés halagaba mi oído con su fonética cariciosa y allí se me pegó para siempre este acento castellano que todos habréis notado en mí y que a veces exagero a gala... Sin embargo, algo había en mí que me aislaba del ambiente. Yo no era montañés como todos mis compañeros... Yo era cosa clara y radiante que implica la palabra argentino en su dulce sonoridad... Yo suspiraba por mi suave Argentina con todas las potencias de mi alma aspiraba a la patria desconocida[8].

La lectura de estas páginas en prosa, comenzadas a redactar después de la publicación de *Aldea Española,* muestra su similitud con los versos del libro. El paralelismo puede rastrearse incluso confrontando los epígrafes de sus apartados con los títulos de sus versos (la casa paterna, el tío Federico, los abuelos, familias y amigos, la escuela, los juegos, la iglesia, etc. etc.) Fernández Moreno apunta que "aunque recordadas por un hombre, están hechas con material infantil"[9]. Ambos textos comparten la utilización de un tiempo pasado. El uso del pasado introduce un matiz de alteridad entre el yo que evoca y el yo evocado. El presente sólo se une al ensueño y al recuerdo.

El tema, la infancia recuperada a través de la memoria, había sido ensayado, como otros temas, en su primer libro,

---

[8] *Ibid.* p. 95-96.

[9] Prólogo a *La patria desconocida, ob. cit.* p. 35.

*Las iniciales del misal* (1915). Concretamente en los dos poemas que integran *Las columnas del pórtico,* "Inicial de oro" y "Genealogía" y los poemas "Habla la madre castellana", "Dice otras palabras", "Inicial heroica", "Camino de la escuela" y "Viejo estanque". Un total de siete poemas, de los cuales cuatro volverán a aparecer, con pocas variantes, en *Aldea Española. Las iniciales del misal* se inicia con la autobiografía sentimental, "Inicial de oro", que marca la escisión entre dos orígenes, Argentina y España, el lugar de nacimiento frente a la tierra en la que pasó la infancia, su primer recuerdo:

Nací, hermanos, en esta dulce tierra argentina
pero el primer recuerdo nítido de mi infancia
es éste: una mañana de oro y de neblina,
un camino muy blanco y una calesa rancia.

Luego, un portal oscuro de caduca arrogancia
una abuelita toda temblona y pueblerina,
que me deja en la cara una agreste fragancia
y me dice: -¡El mi nieto, qué caruca más fina!

Y me llenó las manos de castañas y nueces.
Y el alma de leyendas y el corazón de preces
y los labios de un viejo y divino parlar.

Un parlar montañés, de viejecita bruja
que narra una conseja mientras mueve la aguja.
¡El mismo que ennoblece, ahora, mi cantar!
(*IM.*[10] 11-12).

Este soneto en alejandrinos vuelve a aparecer con pocas variantes en *Aldea española,* bajo el título de "Portal". Para César Fernández Moreno este poema representa "la síntesis de su biografía y la explicación de lo más enigmático de su obra"[11] y es que lo hispánico tiene un peso indiscutible en toda su obra que nunca llegó a ocultar, sino más bien lo proclamó con orgullo. Otro compañero de generación, Enrique

[10] Citamos por la edición de 1915. Buenos Aires : Imprenta J. Tragant, en el interior del trabajo.

[11] **Fernández Moreno, C.** *Ob. cit.* p. 27.

Banchs, ya había despertado el gusto por las viejas formas métricas castellanas, por los viejos asuntos del romancero y de los primitivos españoles en su libro *El cascabel del halcón (1909).*

Como es sabido, algunos escritores del Centenario clamaron por un regreso a las fuentes hispánicas, tanto en los hechos externos, sistematización de su cultura, fundación de las Academias, etc., como en la consecución misma de un idioma depurado, aunque se admita cierta inflexión argentina. Pero no sólo Banchs o Fernández Moreno, sino Capdevila y sus invectivas contra el "voseo" o los arrebatos de Roberto Giusti contra todo "bastardeo lingüístico". Manuel Gálvez fue uno de los más activos participantes de este casticismo. En esta línea se explica el libro de Jorge Luis Borges, *El idioma de los argentinos,* 1928, en cuyo ensayo central que da nombre al libro, argumenta que ni la lengua arrabalera ni la casticista representa la verdadera "habla argentina".

La dulce tierra argentina nos trae el recuerdo de la "suave patria" que cantara el poeta mexicano Ramón López Velarde. La patria argentina fue para Fernández Moreno un descubrimiento. En sus versos al campo y a la provincia argentinos nos había enseñado su tierra y su cielo, su paisaje, pero también sus costumbres, su vida regular e inconfundible, incluso su idioma propio. Esos tres elementos, paisaje, idioma y costumbres son una buena base para el argentinismo del poeta. El poeta ha llamado a las cosas con sus nombres directos y llanos, las ha evocado con sus frescas e inmediatas apariencias y ha acudido a ellas sin malicia y sin esfuerzo. En sus tierras se ha hecho poeta, pero con anterioridad, su infancia y adolescencia habían transcurrido en "su otra tierra", de "parlar montañés", de imborrable huella.

El poema que abre el libro se refiere a sus antepasados y es también muy conocido y de los más citados en sus ulteriores antologías, "Genealogía", que sólo difiere de la versión de 1915 en la última estrofa, denunciadora -la de *Aldea Española*- de un estado de ánimo presente desencantado frente a un gozo pleno hacia diez años. En "Genealogía" decía:

Y nieto de un soldado y de un contrabandista,
de una aldea recia, de una mujer ideal,
cuatro rosas de sangre circulan en mis venas
y cada una tiene distinto perfume;
cuatro rumbos se abren delante de mis ojos
¡y no sé cual tomar!
(*IM,* 21).

En *Aldea Española* ha desaparecido dicha estrofa y en su lugar aparece ésta:

En la sala que adornan cosas de antiguo fausto
y horribles bibelotes de la miseria actual,
ante los despintados óleos de los abuelos
cuando estoy solo en casa me gusta meditar
(*AE,* 15)[12]

La razón de este cambio se debe al revés económico que ha hecho mella en el hogar de los padres del poeta y a una postura más reflexiva acorde con el paso de los años. Este poema es importante además porque en él legitima su cantar a través de ese parlar montañés hispánico y ejemplifica la búsqueda de una identidad: reinventa unos ancestros españoles, unos abuelos maternos y paternos de los que se siente orgulloso: por parte de madre, un abuelo aventurero y pendenciero que "ya en tierras de América sentó por fin el juicio, / redimido en enor-

[12] Citamos por la edición de 1925, ed. Tor, en el interior del trabajo. Este poema se podría contrastar con el "Autorretrato" de León Felipe:

(...)
¡Qué lástima
que yo no tenga comarca,
patria chica, tierra provinciana! (...)
¡Qué lástima
que yo no tenga un abuelo que ganara
una batalla (...)
ni un sillón de cuero, ni una mesa, ni una espada!
(*Versos y oraciones del caminante,* 1920)

La cita está tomada de la edición de **Ayuso, J.P**. Madrid : Alhambra, 1979, p. 97.

mes ansias de trabajar"; un abuelo paterno, liberal, soldado de la reina María Cristina, que siempre permaneció "afincado en su heredad"; en ambos, el poeta se ve reflejado. reivindica una identidad española, incluso una raigambre militar y patriotera, al lado de otra donjuanesca que nos recuerda algunos "retratos" de modernistas españoles y, sin ir más lejos, el famoso "Retrato" de Antonio Machado.

Como Borges reivindica una identidad criolla, ligada a los próceres de la patria, así Fernández Moreno reclama para sí una herencia española. Resulta curioso comparar este poema con "Isidoro Acevedo", el poema en el que Borges evoca a su abuelo, en su libro *Cuaderno de San Martín* (1929).

Entre los seis y los trece años (1892-1899), la montaña santanderina española ha sido su primera experiencia. Ahora, a los treinta y nueve años de edad vuelve sus ojos hacia ese pasado donde transcurrieron felices años. La "aldea española" es su paraíso, se convierte en el objeto de sus evocaciones, esa "tierra montañesa" es evocada con "parlar montañés" para denotar que los años que pasó en el solar de sus abuelos es la sustancia no sólo de su concepción de la poesía, sino de su patriotismo. Se nos revela como un "cantor de provincias"; recuerdos de la infancia dorada, de la familia, de los amigos, de la casa familiar, van desfilando por su memoria con la actitud "casi infantil" del evocador.

El ahora frente al ayer es el molde habitual del diálogo con el pasado santanderino. Así en "Bárcena", confiesa:

> Me dicen que ahora el tren hasta Bárcena llega,
> antes era un puebluco retuerto y a trasmano:
> un barrio viejo y pobre, barrio de la Bodega,
> y el caserón flamante de alguno que otro indiano.
>
> Una tienda espelunca llamada "la Pasiega"
> con bártulos de mar y avíos de hortelano,
> una botica, pura belladona y senega,
> y la casa del párroco y de la del escribano.
>
> Barbería y fielato, parador y taberna
> con la bolera al lado y una cajiga eterna...

Yo, poeta argentino y autor de este soneto,
he habitado este pueblo, vivido entre sus hombres,
mirado sus paisajes, trabucado estos nombres:
Santillana, Escalante, Reynosa, Limpias, Treto.
(*AE*, 22)

En "La casa montañesa", la evocación se realiza a través del recurso del "sueño" y allí lamenta la pérdida de esas propiedades:

Si aún fueras nuestra, casa de bodega y sobrado,
de encanutadas tejas rojas en el tejado,
habría muchas veces atravesado el mar.
(*AE*. 24)[13].

La niñez en la aldea española es fuente de fábulas, la infancia en Bárcena aparece como el lugar de la ensoñación, "el sitio que revela el mecanismo de lo poético instaurado como autobiografía"[14]. Imaginar la aldea española implica situar el espacio desde donde se constituye el yo.

En este sentido son relevantes estos versos de "Infancia":

¿Entonces, Dios mío,
yo he tenido infancia,
y he saltado cercas
y he escalado tapias
y he robado quimas
de frutas cargadas?
¿Y que esto ha ocurrido
en una lejana
aldehuela de oro
allá, por España?
(*AE*, 42)

Esta duda acerca de la identidad vinculada a un pasado que aparece como quimérico coincide, paradójicamente, con

[13] Fernández Moreno no volvió nunca a España, lo que aún contribuye más a fijar la idealización del pasado.

[14] **Monteleone, J**. *B. Fernández Moreno : la poesía como autobiografía. // Filología.* Buenos Aires XX: 2 (1985) 223.

la fijación, con la construcción de un yo poético a través de las imágenes del pasado. Lo familiar, lo español parece así una suerte de conjuro contra el presente.

"Abril" es el mismo soneto que aparece en *Las iniciales del misal* bajo el nombre de "Camino de la escuela"[15] y es que el colegio y la figura del maestro y de sus compañeros ("Escuela", "Compañeros", "Modorra", "Olor", "El maestro") serán de las mejor fijadas en su retina de infancia.

La forma predilecta adoptada en el libro es el poema de líneas sinuosas que imita el ritmo monologal, marcado por la confesión, la exaltación, la interrupción brusca, el comentario al margen. Prosaísmo, confidencias, emociones, florecen a cada instante ("La herrada"):

En un rincón oscuro
de la cocina aldeana
bajo el vasar sonoro
veo brillar la herrada.
Aún veo su madera,
morena y rezumada,
y los sólidos aros
lucientes como plata,
Yo me aproximo, cauto,
y retiro la tapa.
Doy un grito profundo
y se estremece el agua.
(*AE*51-52).

Los temas más sobresalientes del libro son los que más tarde señalará en sus memorias: paisaje, costumbres aldeanas, edificios singulares, retratos de personajes relacionados con el niño, bien sea por parentesco o por cualquier otra razón (familiares, pastores, curas, frailes, maestros, soldados, médico, alcalde), paseos por el campo, naturaleza del lugar, episodios minúsculos pero importantes para un joven, el descubrimiento temprano del otro sexo. Todos estos temas están dosificados en el libro respondiendo a un ordenamiento. Comienza con

[15] "Viejo estanque" de *Las iniciales del misal* aparece en *Aldea Española* con el título de "Estanque".

Bárcena y sigue con San Pedro de Soba. Algunos críticos, entre ellos Berenguer Carísomo, lo ha comparado con las *Eglogánimas* y los *Sonetos vascos* del uruguayo Herrera y Reissig, para concluir que en Herrera "no hay una emoción campesina vivida sino presentida en pura dialéctica", mientras que los versos de Fernández Moreno "se traducen en directa espontaneidad de recuerdo"[16]. Señala igualmente la "melodía ideal" de sus versos, muy lejos de la "rústica simpleza a lo Vicente Medina o Gabriel y Galán", que no se limitan a lo meramente descriptivo.

Todo un mundo de colores, olores, sabores se desperdigan por sus estrofas -sonetos, romances, etc.- absorto en el perfume del hogareño lugar, que logra transmitir el carácter de la tierra que evoca. "Por más años que viva / no olvidaré su olor", llega a decir. Fernández Moreno ha fabricado en este libro una utopía frente a su presente nada satisfactorio. Ha construido la imagen de una contrasociedad pretérita, inalcanzable no sólo por la distancia sino por las transformaciones del paso de los años. Instalándose en el pasado, la utopía refuta el presente. Para descubrir lo que la utopía pone en el hueco de sus ensoñaciones o sus nostalgias, incorpora aquello que su poesía finge pasar por alto, el presente.

Fernández Moreno trabaja con materiales, recuerdos, experiencias, afectos, fantasías, deseos, cuando tiene próximos los cuarenta años, para construir un mosaico que intenta poner fin a la infancia -exorcizándola mediante el recuerdo- y adolescencia y entrar de golpe en el mundo adulto de su regreso a Buenos Aires. Está, una vez más, fabricando su autobiografía poética. Conviene insistir en por qué recuerda Fernández Moreno lo que recuerda y por qué en ese proceso de memoria y escritura realiza operaciones que traducen relaciones afectivas, topográficas, sociales, marcadas por los valores de la interdependencia y la solidaridad. En el poema que cierra el libro, "Estos recuerdos", nos dice:

---

[16] **Berenguer Carísono, A.** *El mundo lírico de Fernández Moreno // Anuario de Estudios Americanos* VIII (1951) 9.

Son recuerdos humildes, sin ninguna importancia,
de flores de los prados unos pocos manojos.
Si yo consigo, a veces, aspirar su fragancia
he de ponerme triste y he de cerrar los ojos.
(*AE,* 127)

Felicidad y nostalgia se dan la mano, una edad perdida desde el punto de vista biográfico, un mundo social ya desaparecido. Esto define la perspectiva melancólica pero feliz de Fernández Moreno. Frente a él, la soledad del escritor que se siente incomprendido y poco reconocido por sus versos, perspectiva que empieza a cambiar, curiosamente, a raíz de la publicación de este libro. Nuestro poeta, por la trayectoria poética seguida hasta este momento, puede ser considerado un criollo españolizado o un español acriollado, pero ambos términos no se repelen.

El ámbito rural en que se desarrolla este libro y otros anteriores citados es muy diferente al espacio urbano que ocupa la otra mitad de su producción. La comunidad de experiencias y valores, la transmisión del saber práctico por figuras o personajes iniciados así lo muestran, para el niño de la "aldea española" dichos personajes van desde la abuela al tío Federico, el maestro o cualquier otro personaje que por edad y carisma son vistos como seres poseedores de una sabiduría superior; en el campo o la provincia argentina, el papel lo desempeñarán los lugareños frente a un hombre de ciudad, "bisoño" y además "médico". Pudiera uno creer que su experiencia campesina infantil le marcaría indeleblemente para optar por la vida rural en el futuro pero, pese a las maravillas por él cantadas, como dice en uno de sus primeros poemas, "El poeta y la calle":

La calle me llama
la noche también...
hasta luego, madre,
voy a florecer.
(*II*[17])

[17] Citamos por la edición de 1917. Buenos Aires : Sociedad Cooperativa. Editorial Limitada.

El tema rural en nuestro poeta es fruto de una experiencia vivida y me atrevería a decir que su amor por el campo argentino viene dado, en primera instancia, por el amor a la naturaleza despertado en los años de infancia española. Desde *Intermedio provinciano* a *Aldea española* se produce una evolución en su sentir poético tanto en lo exterior como en lo interior. Aprendió a amar la naturaleza argentina a través de la mirada puesta en el pasado campesino español, por eso *Aldea española* resulta un libro necesario para su propia tranquilidad emocional. Sólo después de haber exorcizado aquellos recuerdos, recobran pleno sentido los dos libros anteriores. Su modernismo se ha ido paulatinamente invadiendo de un deliberado provincianismo, matizado por la ironía y el tono coloquial y autobiográfico, afín en buena medida al modernismo peninsular.

Entre la "aldea" santanderina, los "campos" argentinos y la "gran aldea", como llamó L. Vicente López a Buenos Aires, circuló la mirada de Fernández Moreno, presto siempre, como dijo Borges, "a mirar a su alrededor". Mediante sus libros de temática rural Fernández Moreno ha reconstruido media patria (Campo y provincia argentinos, por un lado, y aldea española, por otro), la otra mitad le corresponderá a la "Gran Aldea".

TRINIDAD BARRERA
Universidad de Sevilla